Domingo XVIII Ordinario del ciclo A.

¿Cuál es la única causa que puede separarnos de Dios?

Estimados hermanos y amigos:

San Pablo, en su Carta a los cristianos de Roma (ROM. 8, 35-39), enumera una serie de problemas, por cuya visión, muchos han dejado de creer en Dios, a lo largo de la Historia. He aquí la lista de las citadas causas del alejamiento por parte de los hombres de Dios, según el citado Apóstol de nuestro Señor:

"¿Quién, pues, podrá arrebatarnos el amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, el miedo a la muerte? Ya lo anuncia la Escritura: Por tu causa estamos en trance de muerte cada día; nos tratan como a ovejas destinadas al matadero. Pero Dios, que nos ama, nos hace salir victoriosos de todas estas pruebas. Seguro estoy de que nada, ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni cualquiera otra suerte de fuerzas sobrehumanas, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes sobrenaturales, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni criatura alguna existente, será capaz de arrebatarnos este amor que Dios nos ha mostrado por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro".

¿Puede el sufrimiento arrebatarnos el amor que Cristo siente por nosotros? En la Biblia, leemos que Dios nos dice:

"No permitáis que la fiebre del dinero se apodere de vosotros; contentaos con lo que tenéis, ya que es Dios mismo quien ha dicho: Nunca te abandonaré , jamás te dejaré solo" (HEB. 13, 5).

Si el sufrimiento no puede arrebatarnos el amor con que Cristo nos ama, ¿por qué es el mismo una de las causas que le impide a mucha gente creer en Dios? Ello sucede porque la visión de nuestros padecimientos puede conducirnos a desconfiar tanto de Dios, como de nuestros prójimos los hombres y de nosotros. Dios permite que suframos, no porque desea hacernos daño, sino porque sabe que la experiencia del dolor nos aporta muchas enseñanzas útiles para que vivamos como buenos cristianos, pero el sufrimiento no es una causa lo suficientemente notable como para que el Dios Uno y Trino deje de amarnos.

¿Puede la angustia arrebatarnos el amor de Cristo? En el libro de los Salmos, leemos:

"Si el afligido grita, el Señor lo oye
y lo salva de sus angustias" (SAL. 34, 7).

La angustia es muy desagradable de sufrir, así pues, aunque la acumulación de motivos que nos hacen padecer puede conducirnos a la desesperación, ello no indica que la angustia que podamos acumular, inste a Dios a dejar de amarnos.

¿Son las persecuciones que podamos vivir por cualquier causa motivos que justifiquen el hecho de que Dios deje de amarnos?

"Pero tú, Señor, trátame bien, por tu nombre,
líbrame por tu lealtad bienhechora,
que yo soy un pobre desvalido,
y llevo dentro el corazón traspasado;
voy pasando como sombra que se alarga,
me sacuden como a la langosta;
se me doblan las rodillas de no comer,
estoy flaco y descarnado" (SAL. 109, 21-24).

Las persecuciones son ocasiones en que tenemos la oportunidad de demostrarnos hasta qué punto mantenemos la firmeza a la hora de vivir inspirados en nuestras convicciones.

"A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado;
tú que eres justo ponme a salvo" (SAL. 31, 2).

De la misma manera que Dios permite que tengamos muchas dificultades, no impide que muchos de nuestros hermanos de fe sean perseguidos por causa de la fe que profesan. El siguiente texto de San Pablo, anima a dichos cristianos a mantenerse firmes en su profesión de fe.

"Doctrina de fe es ésta: Si morimos con Cristo, viviremos con él; si nos mantenemos firmes, reinaremos con él; si le negamos, también él nos negará; si le somos infieles, él permanece fiel, pues no es posible que falte a su palabra" (2 TIM. 2, 11-13).

Jesús perdona nuestras infidelidades, pero, si le negamos, ello significa que no queremos relacionarnos con Dios, de hecho, esta es la causa por la que nuestro Salvador les dijo a los oyentes de su discurso misionero:

"Todo aquel que se declare a favor mío delante de los hombres, yo también me declararé a favor suyo delante de mi Padre celestial. Y, al contrario, si alguien me niega delante de los hombres, yo también le negaré a él delante de mi Padre que está en los cielos" (MT. 10, 22-23).

El hecho de que Jesús nos niegue si le negamos, no significa que deje de amarnos, sino que nos deja vivir según nuestras creencias, porque no puede concedernos nada que no le pidamos, con tal de no privarnos de la libertad con que fuimos creados. Vemos que las persecuciones que podamos vivir en un determinado periodo de nuestra vida, no indican que Dios deja de amarnos.

¿Puede ser la miseria en que podamos vivir sumidos una causa lo suficientemente notable como para que Dios deje de amarnos? En muchos de nosotros, se cumplen las siguientes palabras, con que Dios, por medio de Moisés, les recordó a los

hebreos que los mantuvo durante sus cuarenta años de peregrinación, a través del desierto, camino de la tierra prometida.

"Todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, cuidad de
practicarlos, para que viváis, os multipliquéis y lleguéis a
tomar posesión de la tierra que Yahveh prometió bajo juramento
a vuestros padres.
Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho
andar durante estos cuarenta años en el desierto para
humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si
ibas o no a guardar sus mandamientos.
Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que
ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no
sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo
que sale de la boca de Yahveh.
No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a
lo largo de esos cuarenta años.
Date cuenta, pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un
hombre corrige a su hijo,
y guarda los mandamientos de Yahveh tu Dios siguiendo sus
caminos y temiéndole" (DT. 8, 1-6).

Detengámonos unos momentos a considerar el texto bíblico que estamos recordando, pues, en las palabras del mismo, se refleja la experiencia de la vivencia de la fe de muchos cristianos.

Dios no nos pide que cumplamos aquellos de sus Mandamientos que más se adaptan a nuestros deseos, sino que cumplamos todas sus prescripciones legales. Sé que no todas las prescripciones de la Ley de Moisés siguen en estado de vigencia, pero, al vislumbrar las mismas con sabiduría, podemos sacar conclusiones muy provechosas.

A lo largo de nuestra vida, Dios ha sometido a prueba nuestra fidelidad a El por medio de las circunstancias que hemos vivido, e incluso ha permitido que seamos humillados, con tal de que comprobemos si seguimos dispuestos a creer en El hasta el punto de hacer su voluntad, pues, antes de someternos a prueba, El sabe perfectamente lo que vamos a hacer, pero, a pesar de ello, nos somete a pruebas diversas, para que quienes están empeñados en creer que no merecen el perdón divino, comprendan que nada hay más lejos de la realidad, cuando descubran que en sí mismos se oculta una santidad, que se niegan a reconocer actualmente.

Es cierto que Dios no evita muchos de nuestros problemas, pero, dado que las dificultades que vivimos son útiles para ayudarnos a crecer espiritualmente, ello nos induce a creer, que, nuestro Padre común, nos corrige, como cualquier hombre, corrige a sus hijos amados.

¿Puede ser el miedo a la muerte una causa que haga que Dios deje de amarnos? Obviamente, no lo es, porque, en la Biblia, leemos las siguientes palabras de San Pablo:

"Mantengo una esperanza confiada en Dios, la cual comparten también mis oponentes, de que tanto los buenos como los malos habrán de resucitar" (HCH. 24, 15).

Si Dios ha prometido resucitarnos al final de los tiempos, en vez de considerar que el miedo a la muerte nos separa de nuestro Padre común, quienes tengan ese problema, pueden intentar superarlo, porque, en la Biblia, leemos las siguientes palabras de Jesús:

"Yo os aseguro que el que acepta mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna; no será condenado, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida" (JN. 5, 24).

¿En qué sentido hemos pasado los cristianos de la muerte a la vida? Cuando en la Biblia se nos habla de que hemos sido redimidos, ello no significa que hemos alcanzado la perfección de Jesús, sino que aún estamos en el tiempo de seguir creciendo espiritualmente, por lo que aún podemos alcanzar la misma. San Pablo, nos instruye:

"Porque salvados ya lo estamos, aunque sólo en esperanza. Sólo que esperar lo que uno tiene ante los ojos no es propiamente esperanza, pues ¿cómo seguir esperando lo que ya se tiene ante los ojos? Pero si esperamos algo que no vemos, entonces ponemos en juego nuestra perseverancia" (ROM. 8, 24-25).

Los versículos bíblicos que hemos utilizado para escribir esta meditación, son los mismos que usamos para consolar a aquellos de nuestros lectores que, en sus padecimientos, tienen a bien escribirnos, con la esperanza de encontrar a unos amigos que les comprendan. Aunque no podemos utilizar todos estos textos bíblicos para enviárselos a todos nuestros lectores, hay una cita de San Pablo que les repetimos a la gran mayoría de los mismos, porque queremos que la memoricen, porque la comprensión de la misma es de crucial importancia para nosotros. Estas son las citadas palabras paulinas que nunca debemos olvidar:

"Estamos seguros, además, de que todo se encamina al bien de los que aman a Dios, de los que han sido elegidos conforme a su designio" (ROM. 8, 28).

Podríamos citar muchos ejemplos bíblicos de cómo Dios ayuda a sus fieles creyentes, pero, con tal de que esta meditación no sea excesivamente larga, recordaremos únicamente el caso de Abraham, el cual tenía su vida organizada, cuando Dios le pidió que se olvidara de sus seguridades, y que dependiera de la seguridad de la fe en El.

"Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de
la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré" (GN. 12, 1).

Imaginemos que tenemos familia, trabajo y vivienda, y que Dios nos pide que dejemos el trabajo y la vivienda, y nos marchemos con nuestros familiares siguiendo sus instrucciones, sin ni siquiera saber en qué parte del planeta nos va a pedir que moremos. ¿Seríamos capaces de obedecer a nuestro Padre común en esas circunstancias?

Abraham era pastor, y, a lo largo de su peregrinación, no sólo conoció la riqueza, sino que también conoció la pobreza, la cual era tan extremada, como para que le pidiera a su mujer que se hiciera pasar por su hermana y se prostituyera, con tal de que no lo asesinaran. Abraham pasó dos veces por esta dramática situación.

"Hubo hambre en el país, y Abram bajó a Egipto a pasar allí una temporada, pues el hambre abrumaba al país.
Estando ya próximo a entrar en Egipto, dijo a su mujer Saray: «Mira, yo sé que eres mujer hermosa.
En cuanto te vean los egipcios, dirán: "Es su mujer", y me matarán a mí, y a ti te dejarán viva.
Di, por favor, que eres mi hermana, a fin de que me vaya bien por causa tuya, y viva yo en gracia a ti."
Efectivamente cuando Abram entró en Egipto, vieron los egipcios que la mujer era muy hermosa.
Viéronla los oficiales de Faraón, los cuales se la ponderaron, y la mujer fue llevada al palacio de Faraón.
Este trató bien por causa de ella a Abram, que tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos.
Pero Yahveh hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas por lo de Saray, la mujer de Abram.
Entonces Faraón llamó a Abram, y le dijo: «¿Qué es lo que has hecho conmigo? ¿Por qué no me avisaste de que era tu mujer?
¿Por qué dijiste: "Es mi hermana", de manera que yo la tomé por mujer? Ahora, pues, he ahí a tu mujer: toma y vete."
Y Faraón ordenó a unos cuantos hombres que le despidieran a él, a su mujer y todo lo suyo...
Trasladóse de allí Abraham al país del Négueb, y se estableció entre Cadés y Sur. Habiéndose avecindado en Guerar,
decía Abraham de su mujer Sara: «Es mi hermana.» Entonces el rey de Guerar, Abimélek, envió por Sara y la tomó.
Pero vino Dios a Abimélek en un sueño nocturno y le dijo: «Date muerto por esa mujer que has tomado, y que está casada.»
Abimélek, que no se había acercado a ella, dijo: «Señor, ¿es que asesinas a la gente aunque sea honrada?
¿No me dijo él a mí: "Es mi hermana", y ella misma dijo: "Es mi hermano?" Con corazón íntegro y con manos limpias he procedido.»
Y le dijo Dios en el sueño: «Ya sé yo también que con corazón

íntegro has procedido, como que yo mismo te he estorbado de faltar contra mí. Por eso no te he dejado tocarla.
Pero ahora devuelve la mujer a ese hombre, porque es un profeta; él rogará por ti para que vivas. Pero si no la devuelves, sábete que morirás sin remedio, tú y todos los tuyos.»
Levantóse Abimélek de mañana, llamó a todos sus siervos y les refirió todas estas cosas; los hombres se asustaron mucho.
Luego llamó Abimélek a Abraham, y le dijo: «¿ Qué has hecho con nosotros, o en qué te he faltado, para que trajeras sobre mí y mi reino una falta tan grande? Lo que no se hace has hecho conmigo.»
Y dijo Abimélek a Abraham: «¿Qué te ha movido a hacer esto?»
Dijo Abraham: «Es que me dije: "Seguramente no hay temor de Dios en este lugar, y van a asesinarme por mi mujer."
Pero es que, además, es cierto que es hermana mía, hija de mi padre aunque no de mi madre, y vino a ser mi mujer.
Y desde que Dios me hizo vagar lejos de mi familia, le dije a ella: Vas a hacerme este favor: a dondequiera que lleguemos, dices de mí: Es mi hermano.»
Tomó Abimélek ovejas y vacas, siervos y esclavas, se los dio a Abraham, y le devolvió su mujer Sara.
Y dijo Abimélek: «Ahí tienes mi país por delante: quédate donde se te antoje.»
A Sara le dijo: «Mira, he dado a tu hermano mil monedas de plata, que serán para ti y para los que están contigo como venda en los ojos, y de todo esto serás justificada."
Abraham rogó a Dios, y Dios curó a Abimélek, a su mujer, y a sus concubinas, que tuvieron hijos;
pues Yahveh había cerrado absolutamente toda matriz de casa de Abimélek, por lo de Sara, la mujer de Abraham" (GN. 12, 10-20. 20, 1-18).

Antes de tacharnos como pecadores, Dios juzga la intención con que actuamos. ¿Por qué no permitió Yahveh que Sara se prostituyera? Ello sucedió porque Abraham era su siervo tal como hemos visto, y porque en ella se cumplieron las siguientes palabras de San Juan:

"En cuanto a nosotros, sabemos que todos los que han nacido de Dios no siguen pecando, pues el Hijo de Dios los protege y los mantiene lejos del alcance del maligno" (1 JN. 5, 18).

Si el tiempo de su vivencia de la pobreza fue amargo para Abraham, no le aportaron menos amargura, los años en que su mujer no pudo concebir un hijo, por causa de su esterilidad. Dado que la mujer del citado jeque no podía tener hijos, en cumplimiento de un artículo del Código de Hammurabi, le cedió a su esclava Agar a Abraham, para que esta le diese un descendiente, que sería como si fuese su hijo. Si analizamos todos los casos bíblicos en que se narran relaciones de poligamia,

podemos comprobar que las mismas son problemáticas. Esto es lo que le sucedió a Abraham, así pues, la esclava de su mujer hizo lo posible por ser superior a su dueña, la cual la maltrató por ello sin que su marido lo impidiera, porque Agar era de su propiedad.

Llegó el día en que Dios le pidió a Abraham que abandonara al hijo de la esclava, porque Isaac, -el hijo de Sara-, había de ser el heredero de la promesa de ser el padre de todos los judíos y cristianos del futuro. Abraham sufrió mucho, pero, en su vida, se vislumbró la luz del Dios que nunca dejó de ayudarle, y que incluso le visitó personalmente, tal como podemos comprobar en los primeros versículos de GN. 18.

(José Portillo Pérez y María Dolores Meléndez Ortega).